

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Mikulov: HERMANOS DE ARMAS

---

Precuela de *Diablo III: la Orden*

por

Scott Brick

*Dolor, eres bienvenido en mi morada. No vivirás aquí por mucho tiempo, pero mientras estés conmigo te trataré como a un huésped de honor. Conocerás la paz en este hogar, pero solo hasta que complete mi tarea. En ese momento, deberás marcharte. Hasta entonces, te saludo como a un viejo amigo.*

El sudor corría por su cara, y el joven novicio recitó estas palabras en su mente para luchar contra la distracción del dolor lacerante que le subía desde las rodillas clavadas en la roca inflexible. El dolor punzante parecía adueñarse del mundo entero cada vez con más intensidad a medida que se irradiaba hacia arriba, pero él luchó para eliminarlo de su conciencia. La queja no servía de nada, y en realidad era peor porque le impediría cumplir su tarea. Estar de rodillas durante horas sobre esa superficie inclemente le había producido un dolor tan intolerable que podía impedirle reconocer su prueba, y sobre todo superarla. Si esa sensación se interponía en su camino y no podía erradicarla, entonces debía alterar su percepción: debía abrazar el dolor para poder vencerlo.

*Si los maestros pudiesen leer mis pensamientos, se lamentaba el novicio, ya habría fallado.* Los monjes de Ivgorod mantenían un control legendario sobre sus cuerpos, y en momentos de tensión sus mentes sobrepasaban la dimensión física hasta alcanzar un estado superior del ser. Siempre le decían que debía aclarar su mente, no tanto para poder alcanzar sus metas sino para poder oír a los dioses cuando le hablaban. Los dioses se comunicaban con todos los que los escuchaban a través del viento, la lluvia, los ríos, la naturaleza y, en el caso de Ytar, incluso a través del fuego.

Sin embargo, ahora lo único que se oía en esta cámara enorme y oscura era el pulso que golpeaba en los oídos de Mikulov, al ritmo del dolor que latía en sus rodillas. De todos modos, esas sensaciones acompasadas y las gotas de sudor que bañaban su frente eran la señal de que su cuerpo estaba casi en perfecta armonía. Mikulov se obligó a calmarse una vez más.

*Dolor, eres bienvenido...*

Su cara se torció en una mueca al pensar con temor que nunca lo superaría. ¿Cómo se le daba la bienvenida a algo que era insoportable? Había sido tonto creer que lo lograría, y también entrar en esa cámara aunque vio que no tenía salida...

En el Monasterio celestial flotante, el hogar de los legendarios monjes de Ivgorod situado en el principal continente occidental de Santuario, al pie de las montañas que custodian el bosque Gorgorra, los niños crecían rodeados de una soledad eterna. Sin importar el motivo por el que estaban ahí, todos conocían el ansia profunda de tener una familia. Ese anhelo los unía y les enseñaba a proteger y valorar cada rasgo que tenían en común. Los vinculaba un único deseo: la esperanza de convertirse en monjes de la orden algún día. Los que no mostraban suficiente aptitud para el estudio recibían un duro golpe cuando les ordenaban abandonar el monasterio, aunque tenían una última oportunidad: debían superar un desafío físico y ganarse así el derecho a regresar después de haber demostrado un talento antes no visto para el entrenamiento, o bien eran expulsados del monasterio para siempre.

Gachev, un muchacho unos años mayor, había atormentado a Mikulov durante mucho tiempo, hasta que su terquedad y su indiferencia ante la disciplina del monasterio

habían obligado a los monjes a ponerlo a prueba. El frío era feroz el día que le ordenaron enfrentar su desafío, y las provisiones de Gachev eran pocas. Cuando Mikulov vio su desdichada mirada cargada de temor, comprendió que no debía esperar su regreso. Nadie en la orden había vuelto a ver a Gachev desde entonces. Mikulov se había sentido feliz al principio, hasta que comprendió que él también cuestionaba la autoridad y que probablemente él también debería enfrentar un desafío similar.

Mientras los portones del monasterio permanecían abiertos y la figura de Gachev se desvanecía a la distancia en el paisaje desértico, Mikulov observaba el rostro marchito del Maestro Vedenin. Con su ropaje vetusto, su larga barba y su cabeza de forma redondeada, el monje casi no se distinguía de los demás. Lo que diferenciaba a Vedenin, en una orden conocida por su tranquilidad, era su dureza. Su vehemencia se había grabado en la memoria de Mikulov. *Eres un estúpido*, sentenciaba Vedenin con aspereza. Lograba mantener un tono neutro en la voz, y a la vez infundía desprecio en cada una de sus amargas palabras. *Tienes velocidad, agilidad y una mente despierta, y sin embargo eres orgulloso, impulsivo y débil. Te concentras solo en lo insignificante y en las frustraciones, y estás sordo ante los dioses. Tus acciones serán tu vergüenza y la del monasterio.* Mikulov volvió a oír las palabras ese día, mientras Vedenin lanzaba una mirada despectiva hacia Gachev. Sin dudas, el monje deseaba lanzarlo algún día a ese mismo destino. Por instinto o por premoción, Mikulov comprendió que, cuando llegase su hora, sería Vedenin el que lo arrojaría a la prueba.

En ese momento, Mikulov juró que no fracasaría. A pesar de su juventud, estaba decidido a dedicar el resto de su vida al monasterio para prepararse para la dura prueba que tarde o temprano debería enfrentar.

Los monjes enseñaban que cada persona era un arma viviente, pero que era insensato confiar siempre en un solo recurso. Enseñaban que el verdadero poder de un monje provenía de la autodisciplina y el espíritu. Es por eso que la orden les exigía a sus acólitos el dominio de tres tipos de armas: las armas mentales, las armas de combate físico y, las más potentes, las armas espirituales que calmaban las almas y permitían acceder al poder que los dioses compartían con sus servidores fieles. Una vez que los monjes lograban esto, podían usar armas más mundanas como una extensión de su espíritu equilibrado. Mikulov se juró que haría lo mismo.

Desde el momento en que daban sus primeros pasos, los niños de la orden crecían rodeados de armamento físico. A Mikulov le gustaba especialmente la daga de puño, con su hoja corta empuñada en una mano de forma tal que su punta letal aparecía directamente en el puño y emergía con rapidez entre los dedos. Se familiarizó con el arma rápidamente, casi al instante, aunque desde luego se había opuesto en el momento en que Vedenin se la impuso. Al principio, Mikulov quería un arco.

—El arco es excelente para el largo alcance, pero absolutamente inútil a poca distancia —afirmó el viejo monje con desdén.

Mikulov no estaba de acuerdo: con el arco podía mantener alejados a sus enemigos, sin darles la oportunidad de acercarse.

Vedenin respondió que ante otras opciones mejores para el combate de largo alcance, el arco se convertía en una preferencia insignificante.

Cuando Mikulov se burló de esa afirmación, el viejo aprovechó la oportunidad para humillarlo frente a todos los muchachos y muchachas presentes. Vedenin le ordenó que

tomase un arco y dos flechas, caminó hasta alejarse diez pasos y se paró con los brazos cruzados y las manos ocultas bajo las amplias mangas de su túnica.

—¿Qué usarías para atacarme a esta distancia? —le preguntó.

Mikulov levantó el arco.

—Hazlo.

Frente a sus compañeros, Mikulov percibió el ligero cambio en el tono de voz de Vedenin. Ya no era una discusión, sino una verdadera prueba. Se movió para tomar la primera flecha sin dejar de mirar a Vedenin. Hubo un leve gesto en una manga, y la flecha se partió en la mano de Mikulov.

Vedenin se acercó cinco pasos.

—¿Y qué usarías para atacarme a esta distancia?

Mikulov intentó tomar torpemente la otra flecha.

—Se necesita tiempo para preparar un arco —afirmó Vedenin—. El espíritu es instantáneo.

Su siguiente gesto fue tan diestro y sutil que Mikulov ni siquiera pudo verlo. El arco y la flecha le explotaron en las manos. Sintió que sus orejas ardían al oír las risas de los demás pupilos.

El viejo ahora estaba parado a un brazo de distancia. Con un tono entre petulante y condescendiente, preguntó:

—¿Y qué usarías a esta distancia?

Mikulov lo miró con furia.

—Mis propias manos.

La mano de Vedenin se movió con una rapidez increíble para sus años. La punta infinitamente delgada y la afilada hoja de una daga de puño pasaron tan cerca de los ojos de Mikulov que pudo sentir cómo la daga cortaba el aire.

—Inténtalo —murmuró Vedenin con suavidad, para que sus palabras solo pudiesen ser oídas por Mikulov.

A pesar de la humillación, Mikulov era suficientemente perspicaz para comprender la sabiduría que encerraba esa lección. Con su sorprendente gracia y su equilibrio, pronto logró un formidable dominio de esta arma de combate cuerpo a cuerpo, y era habitual oír el jadeo de sus esfuerzos en el campo de práctica. Con el tiempo, se convirtió en un verdadero maestro en el uso de la daga.

Sin embargo, aún no lograba dominar la mente y el espíritu.

La verdadera proeza no provenía solo de los encantamientos de los pergaminos secretos. No. La antigua orden creía que la fuerza de los dioses estaba en todas las cosas, vivientes o inertes, y que por lo tanto el poder debía fluir a través de todos los elementos de la creación. Es por eso que los practicantes del Monasterio celestial flotante dedicaban sus vidas a aprender a sentir esa fuerza allí donde estuviese y a manipularla para servir a los propósitos de los Patriarcas, la voz de los dioses en Ivgorod.

Cierto día, cuando su daga de puño era apenas una mancha fugaz para quienes lo miraban practicar con el poste de madera que usaba como "enemigo", Mikulov se concentró con tanta profundidad que por reflejo su mente se expandió y alcanzó la resonancia cinética del poder de los dioses. Aunque la acción había sido casual y había usado solo una fracción de la fuerza disponible, el arma se clavó en el poste con algo más

que simple fuerza física. La daga de Mikulov lanzó una brillante luz azul, y varios de los jóvenes que observaban cayeron al piso empujados por la onda de choque. Las ondas replicaron en las paredes del monasterio. Dos huérfanos salieron corriendo en medio del aturdimiento mientras llamaban a sus viejos maestros. No era necesario. Los monjes del Monasterio celestial flotante dedicaban los días a contemplar en éxtasis todo lo que los rodeaba, a la espera de señales de los dioses. Una evidencia tan clara de la divinidad no podía haber escapado a su atención.

Mikulov, que ya había alcanzado destreza con las armas físicas, había logrado dominar su mente y su espíritu al punto de hacer algo extraordinario. Era probable que pronto lo pusiesen a prueba. Cuando vio la cara severa e implacable de Vedenin que lo contemplaba con desdén en el campo de práctica, Mikulov supo que la probabilidad acababa de transformarse en una certeza.

En los días siguientes, Mikulov se esforzó por dominar esta nueva habilidad para poder convocar el poder a su voluntad.

La fuerza llegaba con más rapidez y confianza cuando lograba concentrarse por completo en el efecto que deseaba provocar. El contacto inicial había sido torpe y exasperadamente breve, algo que se le había escapado entre los dedos. De todas formas, le había servido para aprender que podía extraer ese poder y manejarlo, e incluso magnificarlo.

Decidió crear su propio entrenamiento y se puso a trabajar sin descanso.

*Aferra tu mente a la necesidad de liberar el poder a través de la daga. Concéntrate en ese requisito. Orienta hacia ese punto tu determinación y deja que el anhelo libere ese flujo de energía desde tu mente a cada una de las fibras de tu cuerpo y tu espíritu.*

Después de otros logros limitados, comprendió que la clave no era solo la concentración.

*Debes concentrarte pero sin apresurarte: avanza sin prisa pero con determinación firme.*

Siempre procuraba recordar que, dado que el poder de los dioses era un regalo que hacían, el apremio por recibir esa muestra de generosidad era una actitud egoísta e irrespetuosa.

*Los dioses te darán lo que necesitas cuando lo requieras. Tu deber es simple: solo tienes que estar concentrado en el instante que los dioses elijan.*

Los detalles de las pruebas que se imponían a los iniciados eran uno de los secretos más celosamente guardados en el monasterio. Los que fracasaban eran expulsados de inmediato, y los pocos que lograban pasar las pruebas eran aislados para dedicarse de forma solícita al estudio, muchas veces durante décadas, y sus curiosos compañeros ya no volvían a verlos.

De todas formas, circulaban rumores sobre las reglas generales.

Junto con una única arma de su elección (en el caso de Mikulov, eso no era un problema, sería necesariamente la daga de puño) a los iniciados se les entregaba un mantra grabado por los maestros en un pergamino para que lo llevaran consigo. Podía ser el tipo

de mantra que quisieran. Por mucho que se esforzaba, Mikulov no podía decidir qué mantra elegiría. Cada noche pensaba y buscaba en su mente la respuesta que no aparecía.

*¿Qué será esencial para mi supervivencia?*

Finalmente, la elección no estuvo determinada por el pensamiento sino por el temor.

Cuando se paró frente a la asamblea de maestros del Monasterio celestial flotante, le ofrecieron una amplia variedad de pergaminos. El sol aún no había salido, y los pergaminos brillaban tenuemente a la luz de las antorchas. Algunos eran de gran tamaño, otros apenas más grandes que su meñique, y unos pocos estaban cerrados y sellados con una intrincada insignia.

—El propósito de tu prueba —dijo Vedenin (naturalmente, era Vedenin el que le presentaba el desafío)— es comprobar tu capacidad para rendir tu mente, tu arma y tu espíritu a la voluntad de los dioses, tu capacidad para alejarte de tu propio altar y reverenciar el altar de los dioses. —La sonrisa de superioridad en el rostro aparentemente benigno del monje indicaba la poca fe que tenía en el novicio.

Mikulov dudó, y al dudar sintió el dictamen de los maestros que resonaba dentro de las paredes, y la incertidumbre y los peligros físicos que lo acechaban allí afuera. Por su vacilación, la elección se hizo obvia en ese momento: fue el mantra de curación.

Junto con el pergamino enrollado, recibió una hoja de papel doblada y cerrada con el sello del monasterio en cera. Las instrucciones eran claras: debía abrir la hoja de papel después de una semana de plegarias y meditación para prepararse. Solo al amanecer del octavo día podía romper el sello de cera para recibir más instrucciones.

Al despuntar la aurora, Mikulov abandonó el santuario. Instintivamente comenzó a caminar hacia el este, para adentrarse en las montañas que rodeaban a Ivgorod. Llevaba solo el pergamino y la hoja de papel y, en su cintura, la daga de puño enfundada. No tenía comida, pues debía ser una semana de ayuno, y tampoco agua: alguien que no podía encontrar los medios para saciar su sed jamás podía tener la esperanza de alcanzar la sabiduría requerida por los monjes del Monasterio celestial flotante.

Si demostraba ser incapaz de encontrar agua en la primera semana de su prueba, sería el fin. Habría fallado (y habría muerto) mucho antes de oír las voces de los dioses y, por supuesto, de intentar cumplir con su voluntad.

La semana comenzó con calma y tranquilidad. La principal prioridad de Mikulov era el agua, y por eso se dirigió hacia unas empinadas colinas que había divisado durante años desde la ventana de su dormitorio y que se unían con las Montañas Kohl hacia el sur. Tenía la confianza de encontrar un arroyo en la base, aunque no tenía ninguna certeza. Solo sabía que el agua siempre encuentra un camino para descender.

Podía oír la voz de los maestros cuando le decían que los dioses hablaban así, a través de la mezcla de conocimientos, instintos e intuición que formaban el método de pensamiento de un adepto. Su confianza fue recompensada: en la base de las colinas había un pequeño lago de aguas oscuras pero transparentes, alimentado por una corriente de agua que bajaba entre las enormes rocas. Con sumisión y reverencia ante el regalo recibido, Mikulov bebió largos tragos para refrescarse después de caminar durante todo el día y para reabastecerse para la semana que le esperaba. Estaba feliz de haber hecho el

descubrimiento tan pronto, pues sabía que probablemente era el más importante de su prueba. En el implacable calor del verano, el agua era una necesidad esencial.

Decidió buscar refugio cerca del agua, pues pensó que quedarse cerca de esa fuente de generosidad de los dioses mostraba un corazón agradecido.

Sabía que en las montañas la oscuridad sobreviene rápidamente, y pronto encontró un espacio de suelo no tan duro, debajo de una roca colgante. Pensó que este era otro regalo de los dioses y dio las gracias antes de acostarse a descansar.

Al despertar estableció la rutina que habría de seguir en los seis días siguientes. Se acercó al lago y se lavó después de la expedición del día anterior. Era el mes más cálido del año, cuando hasta por las noches se sentía la rigurosidad y la incomodidad del calor. Mikulov sudaba aun casi sin moverse, y deseaba acercarse a los dioses limpio e impecable cada día. Apenas hubo un poco de luz, se metió en el agua y se sumergió. Contuvo la respiración tanto como pudo mientras les rezaba a los dioses y les decía que esperaba ser digno de ellos. Se bañó y renovó sus plegarias en cada amanecer.

Esperaba que los días transcurriesen en calma y en silencio, dedicado a la contemplación. Se sentía tranquilo y en paz. No había observado obstáculos a superar ni predadores que tuviese que vencer. En la quietud de este tiempo en soledad, no pronunciaba palabras.

Sin embargo, la semana no fue precisamente tranquila, pues Gachev vino de visita. Y Gachev seguía tan ruidoso como siempre.

El cuarto día, cuando el sol estaba en el cenit y el calor era brutal, su antiguo compañero le habló por primera vez. La rutina de Mikulov consistía en mantenerse cerca del área de descanso, donde la roca colgante le brindaba muchas horas de sombra, incluso

cuando el sol estaba en lo más alto, y cerca de la abundante fuente de agua. Sabía que cuantas más horas permaneciese bajo la luz directa del sol, más rápido se agotaría. Salía de la sombra solo cuando era necesario y caminaba hacia el lago para recuperar el agua que había perdido por el calor del día y la noche. A pesar de sus precauciones, pronto sintió los efectos de una lenta deshidratación.

En el primer momento de aprensión, cuando la duda comenzó a surgir en su mente, Mikulov oyó esa voz burlona que le hablaba.

—¿Qué te hace pensar que puedes alcanzar el éxito donde yo fracasé?

Mikulov abrió los ojos y miró a su alrededor desde la sombra. Más allá de su campamento, recostado bajo la luz directa del sol, Gachev lo observaba, vestido con la misma vestimenta que usaba el día que se marchó del monasterio. No se veía diferente. ¿Cómo era posible, después de tantos meses en las montañas, que la túnica de Gachev no estuviese hecha jirones y que su piel no se viese sucia ni lastimada? Incluso estaba cómodamente reclinado, como si ese ardiente calor lo relajase, y observaba a Mikulov con indiferencia.

—El primer día que pasé aquí, yo también me sentía triste y estaba seguro de que jamás volvería a tener un instante de dicha. Y sin embargo, ver a otros imbéciles que trataban de sobrevivir a estas semanas de infierno en medio de la vida salvaje me enseñó a reír nuevamente. —Con una ceja levantada en señal de consternación, Gachev estudió a Mikulov—. Con toda el alma —agregó.

Mikulov estaba tan sorprendido que estuvo a punto de hablar.

Aunque no estaba bajo un voto de silencio, se entendía que solo en el silencio los dioses permitirían ser oídos. Por eso, a pesar de las burlas, Mikulov se contuvo y no

pronunció palabra. Se limitó a contemplar a Gachev a través del sudor que caía por sus ojos, a mirar a este joven que debería haber muerto.

¿Era él o era una aparición? Por su apariencia, que no había cambiado, y el sigilo con que había aparecido de pronto, Mikulov consideró la posibilidad de que Gachev fuese producto de su imaginación, un espejismo creado por el calor y la soledad.

Mientras Gachev seguía hablando, su voz iba perdiendo el acento burlón y sus palabras terminaron por revelar un temor tan bien escondido que Mikulov se sintió sacudido. En un tono inexpresivo, Gachev afirmó:

—Ninguno de nosotros alcanza el éxito. Ningún novicio ha logrado pasar la prueba. Y ninguno lo logrará jamás.

Rápidamente, los días de hambre pasaron a ser días de dudas desgarradoras, y cada sensación empeoraba por los comentarios irónicos de Gachev. Aquello que estaba implícito en las palabras que Gachev repetía una y otra vez generó en Mikulov el deseo creciente de romper el sello y comenzar su prueba antes de lo previsto o incluso romper en pedazos el papel sin siquiera abrirlo. Mikulov comenzó a aventurarse más lejos de la roca y el lago que le brindaban refugio, pero Gachev siempre estaba cerca y seguía riendo amargamente ante sus esfuerzos por mantener la vigilia.

Con el paso de los días, las burlas y las preguntas engendraron diferentes teorías, todas verosímiles. Los maestros del Monasterio celestial flotante nunca promovían a ningún novicio de los rangos más jóvenes y rebeldes; los acólitos nunca se convertían en monjes. Después de todo, los maestros eran excesivamente selectivos al elegir qué monjes aceptar. Cuando los acólitos sumisos completaban sus estudios, simplemente servían como

esclavos hasta que se convertían en un problema, y en ese punto eran enviados a enfrentar pruebas de las que no podían salir con vida para remplazarlos por una nueva generación de crédulos devotos. ¿Era así como el Monasterio celestial flotante había sobrevivido a través de los siglos?

Mikulov comprendió que sus temores lo estaban dominando y le hacían ver presagios y conspiraciones que no existían. Para acallar sus dudas, intentó recordar a algún huérfano que hubiese regresado victorioso de su prueba. No pudo recordar a ninguno. Se decía que aquellos que alcanzaban el éxito eran separados de sus antiguos compañeros para eliminar cualquier mínima distracción de sus estudios superiores, que eran su recompensa para los próximos años.

Las insinuaciones de Gachev tenían sentido.

—Eres un estúpido, Mikulov —le decía—. Eres orgulloso, impulsivo y débil. Tus acciones no te convertirán en monje. Solo te llevarán a la tumba anónima donde serás enterrado junto con tus hermanos.

Esos oscuros presagios le recordaban las funestas predicciones que Vedenin repetía hasta el infinito, acerca de que las acciones de Mikulov serían la desgracia para él mismo y para sus compañeros. Tal como entonces, Mikulov prefería creer lo contrario, atento una vez más a la apariencia impecable de Gachev y al eco de las palabras de su inflexible maestro. Esas advertencias apuntaban al verdadero temor que albergaba Mikulov: no la muerte, sino la vergüenza antes de morir. El joven que sería un monje decidió que Gachev era un producto de su imaginación, una compañía inventada para recordarle su soledad durante esa semana de preparación en las montañas.

*Sus burlas son la voz de mis propios temores.*

Y así, durante el último día, cada vez que Gachev abría la boca para decir algo, Mikulov endurecía su corazón para no escucharlo. Gachev se burlaba de sus esfuerzos, pero Mikulov se decía que ese joven novicio no era más que una quimera producto del sudor, el dolor y las dudas sin disipar. Al llegar al séptimo día de su prueba, Mikulov había convertido a Gachev en un ser irreal.

Y sin embargo, ese joven novicio le salvó la vida.

Cuanto más pensaba Mikulov en la siguiente mañana, cuando rompería el sello de cera y recibiría sus instrucciones, más anhelaba adueñarse de su destino en el primer momento posible. Recibiría el día en la cima de la montaña, donde la aurora alumbraría antes que en la base. Aunque era una travesía difícil, cuesta arriba en una roca empinada, el desafío parecía valer la pena, aunque tan solo fuese para terminar con su agonía un poco antes.

Y así inició su ascenso. El sol ya había pasado el cenit, pero el calor persistía y parecía empeorar. De todas formas comenzó a subir para llegar a la cumbre a plena luz del día y pasar su última noche de plegarias y meditación más cerca de los dioses. No le dio mucha importancia al agua porque la ruta que se había trazado lo mantenía cerca de la corriente que alimentaba el lago.

Gachev no dejó pasar la oportunidad de decirle que no estaba preparado.

Al principio, Mikulov estaba confiado en que el curso de agua seguiría estando cerca a medida que subiese, pero no fue así e inevitablemente el calor y el esfuerzo hicieron que su lengua se hinchase por la sed. Sintió la tentación de regresar, pero al mirar atrás vio que estaba mucho más cerca de la cumbre que de la base, y siguió avanzando.

—Es ridículo, todo este esfuerzo.

Mikulov, que ahora caminaba jadeando y con la respiración entrecortada, ignoró a ese compañero indeseable.

—Solo te apuras para llegar a una muerte anticipada.

Cada roca parecía intentar torcerle el tobillo, cada grieta parecía querer atraparlo un pie.

—Lo único que les ofreces a los dioses es diversión.

Mikulov se sentía tan debilitado por el sol y el cansancio que temía sucumbir a los peligros del terreno. Si se rompía un hueso, se vería obligado a usar su mantra de curación antes de tiempo y no estaría preparado ante una necesidad mayor.

—Los mil y un dioses no tienen poder.

Al oír ese insulto imperdonable, Mikulov sintió el impulso de dar rienda suelta a su ira, pero recordó otra de las letanías de admoniciones de Vedenin: *Los dioses están en todas las cosas, físicas y espirituales*. Si era así, también debían estar en su ira, y eso le dio nuevas energías para hacer callar a Gachev. Esta energía debía ser canalizada y usada, y no malgastada en un espectro. *No tragues ni desperdices tu furia. Siéntela. Úsala.*

Con esta nueva fuente de energía, Mikulov pudo seguir escalando.

Llegó a la cima cuando caía la noche. Era un promontorio que terminaba en un peñasco. Estaba tan debilitado que ni siquiera perdió tiempo buscando un lugar para descansar. Entornó los ojos abrasados por el calor para mirar a su alrededor, se arrastró lejos del borde del risco para asegurarse de no caer, y se desplomó sobre la superficie rocosa.

Despertó en medio de una fría oscuridad. Por la rigidez de sus articulaciones supo que no se había movido. Necesitó varios intentos para abrir los ojos y, cuando lo logró, vio que Gachev estaba sentado en una roca cercana y sacudía la cabeza en un silencio que le pareció precioso. Cuando las primeras luces tiñeron el horizonte con un suave color azul, Mikulov hizo un movimiento para levantarse pero no pudo. No sentía una diferencia por haber dormido. Seguía agotado. Mikulov se acostó de cara al cielo y contempló su circunstancia. El sol pronto saldría por el horizonte, pero él no sentía nada, como si estuviese separado de su cuerpo. Era extraño, pero ni siquiera sentía la conocida necesidad de orinar de todas las mañanas. Esto le pareció una mala señal. Su cuerpo carecía del agua que necesitaba para sobrevivir en las montañas; no se había fortalecido lo suficiente para estas condiciones extremas. Sus pensamientos replicaban la maldición de Vedenin:

*Fracasarás incluso antes de haber empezado.* Mikulov agregó su propia maldición silenciosa.

—Sí —asintió Gachev, repitiendo las palabras que resonaban en la mente de Mikulov—. Eres un estúpido.

Una vez más, la furia volvió a aparecer. *Él quiere que fracase*, pensó Mikulov, pero nuevamente canalizó su ira. A pesar del dolor que sentía en el cuerpo, Mikulov usó esa furia para levantarse. Cuando logró ponerse de pie, sintió en la frente los primeros rayos de sol.

Hizo una pausa para esperar que pasase el mareo, miró hacia abajo y vio el papel doblado en su mano. Había estado guardado en el bolsillo de su túnica durante siete días, y no recordaba haberlo sacado. Luchó para introducir los dedos temblorosos debajo del pliegue del sello. Se sintió avergonzado del esfuerzo que tuvo que hacer para romper el pedazo de cera. Cerró los ojos un momento y luego desplegó el papel para leer lo que decía.

*Adentro.*

Mikulov estaba demasiado cansado para poder siquiera enojarse. ¿Solo una palabra? ¿Qué clase de sinsentido era ese? "Adentro" no era una instrucción, tenía que ser un error. Sus maestros se habían equivocado, quizás habían confundido las instrucciones que debían darle con otras directivas más mundanas para otro joven a su servicio. En ese momento, seguramente uno de sus compañeros, que esperaba encontrar las indicaciones para sus tareas diarias, contemplaba maravillado las meticulosas instrucciones que Mikulov debía cumplir en su prueba allá afuera. La idea era tan absurda como cómica, al punto de poder destruirlo y dejarlo enajenado y perdido en la cima de esa montaña. Mikulov contuvo la risa áspera que crecía en su pecho. Eso solo le daría más satisfacción a Gachev.

No osaría insultar a los dioses. Este mensaje no podía ser un error. Exprimió su cerebro para tratar de entender qué relación tenía esta palabra con sus circunstancias. Seguramente había algo que había pasado por alto.

*Adentro.*

Mientras en su mente se formaba la pregunta *¿Adentro de qué?*, los ojos de Mikulov se posaron en lo que parecía ser la entrada de una cueva. Se abría en la roca allá abajo, a unos cincuenta pies, en el lado de la montaña opuesto al que él había usado para subir. Apenas levantada en la ladera, y protegida por un pequeño arco forjado de forma intrincada, la boca de la cueva parecía invocarlo.

*Adentro.*

¿Cómo pudieron saber sus maestros que él escalaría la montaña? No le habían dado instrucciones sobre el camino a seguir. Mikulov se había dejado guiar solo por el instinto.

Las palabras de Vedenin invadieron la mente de Mikulov. *Lo que percibes como instinto en realidad es la dirección divina de los dioses.* ¿Acaso su recorrido había sido guiado

por una comunicación que él no sabía que recibía? Si eso era cierto, sin duda sus maestros también habían sido guiados del mismo modo y habían preparado este mensaje de una sola palabra sin saber, cuando llegara el momento, qué significaría para el novicio que habían puesto a prueba.

El portal no ofrecía respuestas. Los rayos del sol que descendían por la ladera a sus pies pronto calentaron las rocas. Este día sería más intenso y abrasador que nunca, lo sabía. Mikulov no sabía si ese era el lugar que los dioses habían dispuesto para su prueba o simplemente una casualidad, pero de todos modos la cueva podía brindarle protección contra el calor que lo rodeaba, aunque tan solo fuera eso.

Sus músculos exhaustos se debatían entre el cansancio y la voluntad. Mikulov se tambaleó torpemente y comenzó a descender. Lo que lo empujaba hacia el portal no era su deseo, sino simplemente la fuerza de gravedad. Aunque no sabía qué era lo que acechaba en esa oscuridad, Mikulov avanzó a los tumbos y dejó que lo envolviera. *Adentro.*

Apenas pudo preguntarse débilmente por qué Gachev se había quedado atrás.

A medida que descendía, lo que veía le parecía simplemente inconcebible. Estas salas no podían ser reales. Ya era bastante difícil comprender cómo habían sido talladas, en realidad esculpidas, en la roca de la montaña, pero el hecho de que aún pudiese ver a su alrededor, a pesar de la profundidad a la que había descendido, era mucho más extraño. Al principio, mientras bajaba por los ásperos escalones de piedra, pensó que la luz diurna se estaba filtrando por alguna hendidura. Sin embargo, después de bajar unos cien pasos, se dio cuenta de que no era posible. Ni siquiera la potente luz del sol que iluminaba la cima de la montaña tenía tanta fuerza como para penetrar a esa profundidad, y ninguna grieta o

hendidura oculta podía ser la fuente de esa extraña iluminación. Finalmente, cuando llegó a un largo corredor que se extendía frente a él, Mikulov comprendió que lo que contemplaban sus ojos era completamente diferente de cualquiera de esas explicaciones, aunque parecía imposible de creer: eran las paredes mismas las que emitían un suave resplandor que parecía circular en su interior.

*¿Qué es esto?* se preguntó Mikulov. Examinó la piedra de las paredes que lo rodeaban. La luz realmente fluía como si fuese sangre. Se movía rítmicamente, con pulsaciones que acompañaban los latidos de su propio corazón.

*¿A qué infierno entré sin darme cuenta?*

Mikulov se preguntó si lo que había visto hasta ahora se ajustaba a lo que sabía acerca del comportamiento de los dioses. *Sé que los dioses nos hablan a través de señales, tanto en la naturaleza como en las obras realizadas por el hombre. Y además, los dioses están en todas las cosas,* pensaba. Y realmente la luz que emanaba de la piedra parecía decir claramente que esa era una obra de los dioses. Por lo tanto, estos escalones, estas salas que sin duda habían sido talladas por hombres, debían ser una manifestación de la voluntad de los dioses. Mikulov no vio nada que se opusiese a este pensamiento, y se tomó un momento para analizar el mensaje.

Era difícil concentrarse. La sed alteraba sus pensamientos y, a pesar de que permanecía inmóvil, los músculos de sus muslos temblaban por el esfuerzo. Las privaciones que había padecido durante siete días y siete noches habían hecho mella en su cuerpo, y también en su mente. A pesar de sus gigantescos esfuerzos por eliminar esos malestares, no lograba concentrarse.

Sus pensamientos volvieron a Gachev. Mikulov finalmente se preguntó por qué no lo había seguido hasta esas profundidades. Y cuanto más se exhortaba a reflexionar sobre el mensaje de los dioses, más aparecía la figura de Gachev. Había anticipado e incluso saboreado la decepción de Mikulov durante días. ¿Cómo podía ahora renunciar a la oportunidad de deleitarse con su confusión y su inminente fracaso?

Mikulov giró la cabeza hacia arriba, en dirección al mínimo haz de luz que provenía de lo alto de las escaleras que acababa de bajar. Estiró el cuello para ver más allá de las protuberancias de la roca, y finalmente vio a su atormentador. Gachev permanecía de pie, con una actitud solemne, mientras lo contemplaba silenciosamente desde lo alto. Nada de ironías, burlas o provocaciones. Solo una vigilia silenciosa. Gachev parecía defender las escaleras de cualquiera que intentase seguir a Mikulov en su condena.

¿O acaso impedía que Mikulov volviese al aire fresco y a la luz del sol?

Al ver a Gachev a tanta distancia y comprender hasta dónde había llegado en las oscuras profundidades de la montaña, Mikulov sintió miedo. Le hizo un gesto a Gachev. Apuntó con el dedo hacia las sombras que acechaban delante y le hizo señas para que lo siguiera.

Gachev permaneció en el lugar y se limitó a negar con la cabeza. Mikulov sintió sus palabras como una lluvia helada:

—Esta es tu prueba. Aquí me quedo.

Mikulov sintió que se le hacía un nudo en la garganta y se volvió en dirección al corredor que se extendía frente a él. Volvió a concentrarse en la luz que parecía estar viva dentro de las paredes. Aunque era suave, el ritmo de las pulsaciones no solo podía verse sino que tenía un sonido propio. Tras estudiarlo, Mikulov pudo ver y oír que los latidos

indicaban una dirección hacia las sombras al final del corredor. Aunque esta no era la señal que había estado esperando, comprendió lo que significaba: una clara sugerencia para seguir avanzando. Mikulov se obligó a mover las piernas y caminó con pasos vacilantes hacia la oscuridad que le había señalado la luz en movimiento.

Pensó que encontraría un laberinto o un cementerio amenazador con tumbas que se levantarían para tragárselo, pero pronto se encontró frente a la entrada a una cámara vacía con un suelo de bloques de piedra. Aunque la habitación enclavada en lo profundo de la montaña no tenía otra puerta, brillaba con una luz nacarada de diferentes colores, todos teñidos de un tono rojizo. La habitación mostraba la más maravillosa variedad de matices y sombras de una misma tonalidad. Eran diferentes tonos de rojo que Mikulov jamás había visto o imaginado, complementados y enfatizados por los toques de color verde del liquen que crecía entre algunas piedras. La luz, bañada por el color, ahora parecía golpear desde las paredes.

*¿Será esta mi prueba? No hay nada aquí.*

Cuando Mikulov se disponía a entrar en la cámara, la voz de Gachev se elevó a su alrededor.

—¿Entrarás tan despreocupadamente a un lugar sin salida?

Mikulov sintió la tentación de mirar atrás, pero sabía que Gachev no lo había seguido. La voz estaba en su mente. Era la voz del miedo.

Comparó el temor con todo lo que creía verdadero. Después de haber confiado hasta ese momento en que los dioses le habían estado enviando señales, no iba a cambiar de idea ahora. Mikulov avanzó resueltamente por el piso de piedra de la habitación.

No cayeron rejas a sus espaldas para encerrarlo, la cámara no se inundó con agua y las paredes no se movieron para aplastarlo. Nada de eso sucedió. La energía viva que contenían las paredes latía con un ritmo acompasado. La dirección del pulso se detuvo cuando entró en la habitación. Estaba en el lugar donde los dioses querían que estuviera.

Pero, ¿qué era lo que debía hacer en este lugar?

Esperó. A pesar de que las paredes parecían marcar el tiempo con sus pulsaciones, perdió la noción del tiempo que había permanecido parado en el lugar: horrorosamente, sus circunstancias, minuto a minuto a minuto y hora a hora, eran siempre las mismas. Había seguido sus instintos, lo que él creía que era la voluntad de los dioses, y sin embargo había llegado, exhausto, a un punto muerto. La sangre le latía con fuerza en las sienes y el pulso se le aceleró. Con la furia volvió también la conciencia del paso del tiempo. Había estado parado aquí durante una eternidad. La frustración le decía que debía abandonar la cámara de inmediato.

Sin embargo, algo lo retuvo. Exploró en su mente y pudo ver la cara de Vedenin, que sonreiría con suficiencia al verlo llegar a las puertas del monasterio envuelto en el fracaso. No soportaría esa vergüenza, incluso aunque tuviera que esperar infinitas eternidades. Los dioses hablarían a su tiempo, no según la voluntad de un simple novicio.

El resplandor que lo rodeaba adquirió un tono sombrío. *Acata la determinación de los dioses, parecía decir. Ten calma y espera su voluntad.*

La paciencia nunca había sido el mejor atributo de Mikulov. Se obligó a doblar las rodillas y asumió una postura de sumisión en el suelo. Cuando el dolor fue demasiado para su cuerpo debilitado, silenciosamente se dijo las palabras que podían calmar su espíritu y

separarlo del dolor. *Dolor, eres bienvenido en mi morada. No vivirás aquí por mucho tiempo, pero mientras estés conmigo te trataré como a un huésped de honor.*

Mikulov permaneció así durante lo que pareció una eternidad. Era una batalla perdida. El dolor punzante impregnaba su conciencia y lo mantenía atado a este plano, no al de los dioses. El sudor le nublaba la vista y caía sobre sus rodillas desnudas apoyadas en la piedra. Las pulsaciones de dolor y las gotas de sudor lo distraían y lo transportaban al ritmo arrullador que emitían las paredes. Ese pulso constante comenzó a parecerse a las burlas de Gachev. Mikulov estaba asediado por una monotonía implacable: la luz que golpeaba en las paredes, las piedras que relucían con un brillo frío y acuoso, la humedad que se filtraba por sus grietas, el líquen colgante que se balanceaba...

*¿Se balanceaba?*

Mikulov parpadeó e intentó recordar todo lo que había visto en los últimos momentos. Sí, percibía una alteración leve y sutil en la opresiva monotonía de la cámara. Se esforzó furiosamente por identificar esa variación.

*¿Acaso esas mínimas pero tenaces muestras de vida de color verde se estaban balanceando cuando se arrodilló? ¿Si era así, cómo lo hacían? No había ni la más ligera corriente de aire.*

Al contemplar los líquenes, Mikulov no tuvo dudas. *No. Estaban inmóviles cuando entré.* Pronto pudo ver cuál era la causa del movimiento de las plantas.

Un vapor turbio e inconsistente salía entre los bloques de piedra frente a sus ojos. Flotaba en el aire por encima de su cabeza, y aunque parecía tan frágil como para desvanecerse con un soplo, a la vez transmitía la imagen amenazante de algo que

adquiría sustancia. Mikulov vio ondas de vibraciones que lo atravesaban, como el eco de las pulsaciones que latían dentro de las paredes.

Aunque era casi imposible, esa cosa parecía estar tomando forma, alimentada por la luz nacarada de las paredes. Algo en su interior se estaba pudriendo y le caían gotas de una sustancia que parecía contagiosa.

En la habitación se formó una nueva mezcla de color amarillo, verde y azul, pero ahora en tonos pálidos. Los colores y lo que fuese que les daba forma rezumaron y se fusionaron. Ante la imagen de algo enfermizo que cada vez se hacía más fuerte, en la mente de Mikulov se abrió paso un concepto que se aplicaba a esta presencia que seguía formándose: era un absceso. El núcleo de la masa ondulante desafió esa primera percepción, pues su centro parecía vacío. Esto es una *herida*, comprendió Mikulov. Una incisión larga y delgada, suspendida en el aire. La imagen desafiaba sus sentidos y sus expectativas, pues no tenía forma humana, no era una masa deforme y ni siquiera parecía una nube. Era una lesión incorpórea suspendida en medio de la nada. No había un cuerpo, no había una carne que hubiese recibido esa herida. Era como si el aire mismo hubiese sido cortado a hachazos salvajemente por un arma oculta. Mikulov pensó en la hoja que podría haber producido semejante laceración e instintivamente tocó la daga de puño en su costado.

Quedó paralizado, con la mano apoyada en el arma, mientras la herida seguía palpitando, expectante. En su estado de agotamiento físico, Mikulov se sintió agobiado por la herida, amenazado por su presencia. Era un ultraje a la realidad tal como él la comprendía. Claramente, la herida era algo vivo, un ser místico enviado para hacer pedazos su cordura con la misma violencia con que había sido desgarrado el aire.

Cuando la aparición se movió, Mikulov retrocedió para apartarse. Obnubilado entre la fascinación y la repulsión, no advirtió que estaba siendo manipulado y actuó con lentitud. Cuando el conocimiento aclaró su mente, Mikulov sujetó la daga de puño en la mano derecha y la apuntó hacia la lesión. La actitud de la herida flotante cambió. Respondía a cada movimiento de Mikulov y avanzaba o retrocedía en una especie de danza macabra con la daga. Mikulov se dio cuenta muy tarde de que, a través de esos amagos y retrocesos, la herida había ganado una posición que lo dejaba en gran desventaja. La herida ahora bloqueaba la puerta, la única salida posible del lugar.

Mikulov miró alrededor para asegurarse de que no hubiera otra de estas cosas emanando de las paredes. Sentía demasiada debilidad en las piernas, la espalda y los hombros como para ignorarla. Sus fuerzas y su capacidad de resistencia no eran infinitas y estaban llegando al límite. Para los monjes del Monasterio celestial flotante, los callejones sin salida no eran una opción. Los maestros les enseñaban a sus adeptos a buscar soluciones a los problemas de la vida, y a no dejarse paralizar por ellos. Mikulov tenía que pasar esta prueba lo antes posible, mientras aún tuviera fuerzas. *Maldita sea esa herida y su amenaza*, pensó mientras corría hacia la salida.

La aparición le impidió salir. No solo le bloqueó el paso, sino que se lanzó sobre Mikulov en un ataque salvaje. Pareció golpearlo con todo su ser. La lesión era húmeda al tacto, y quemaba. El novicio se sintió furioso consigo mismo por haber estado desprevenido. A pesar de su intento de último momento por esquivar el golpe, lo había recibido en plena mejilla y podía sentir un hilo de sustancia húmeda y viscosa que le bajaba por el cuello. Se le contrajo el corazón al pensar que podía haberse infectado. Arrancó un pedazo de la túnica que le colgaba de los hombros y se limpió el líquido pestilente, pero el

ardor no se detuvo. Estaba caído de espaldas y sentía la presencia de esa cosa en todas partes. Sentía esa enfermedad espantosa en la piel y cómo caía en gotas desde el pelo aplastado y grasoso. Tumbado en el suelo, finalmente levantó la daga de puño para defenderse de cualquier ataque y, al hacerlo, se sintió un tonto. ¿Por qué no había usado el arma cuando corrió hacia la salida?

Corregiría el error ahora mismo. Se levantó con dificultad y se lanzó contra la nauseabunda aparición. Sin embargo, ese ser contraatacó con tanta rapidez que, si bien Mikulov estaba preparado, apenas logró usar su arma de la forma más simple: cortó la herida con ferocidad pero sin un atisbo de energía. Abrumado por el miedo, Mikulov no había podido concentrarse y canalizar su espíritu, ese poder que nunca antes había necesitado con tanta urgencia.

Mientras se tambaleaba hacia atrás a la espera de otro golpe, midió los efectos del corte. Incluso ese débil uso de la daga había sido suficiente. La forma espectral temblaba y parecía apagarse. La incisión en el aire ahora era más grande que antes, y la herida sangraba desde un lugar que no podía verse y salpicaba las piedras a su alrededor. Mikulov la contempló horrorizado, pues mientras sangraba y sufría, la herida crecía ante sus ojos. La sangre le latía en las sienes y aún sentía la adrenalina del último ataque, y supo que esta era su oportunidad. Debía atacar nuevamente ahora que la criatura intentaba recuperarse, en este momento. Sostuvo la daga frente a sus ojos una vez más, y esta vez concentró su mente para invocar la energía que necesitaba.

Esta prueba era crucial para evaluar tanto su pericia como su ingenio. En algún punto de su ejecución, este enfrentamiento era vital para demostrarles a los maestros que él era digno de seguir estudiando, y por los mil y un dioses que iba a demostrarlo.

Sin embargo, para su vergüenza, no lo logró de inmediato. Aprovechar el poder se había vuelto algo instintivo en los campos de práctica del Monasterio celestial flotante, pero esto ya no era una práctica. *Concéntrate*, se reprendió a sí mismo. *Concentra la atención en lo que se libera*. Enumeró los pasos en su mente rápidamente, con desesperación. *Aferra tu mente a lo que necesitas. Orienta hacia ese punto tu determinación y deja que el anhelo libere ese flujo de energía desde cada centímetro de tu cuerpo*. Sin embargo, era tan grande su necesidad que olvidó que el proceso no podía apresurarse y que debía moverse sin prisa, solo con determinación. Y por eso su siguiente ataque fue inútil, prosaico y sin poder.

De todos modos, algo cambió en el último instante. La herida se preparó para volver a atacar, y fue el temor de Mikulov ante ese contraataque lo que dejó salir algo de energía. Sucedió en el instante en que sintió que la criatura comenzaba a responder. El pánico por su incapacidad de defenderse atrajo la energía a su daga, y un breve pulso de poder salió lanzado en todas direcciones. Mikulov se sorprendió, y cayó hacia atrás por el impulso de esa fuerza.

Sus huesos golpearon el suelo violentamente mientras rodaba. Aunque su primer instinto fue levantarse, se detuvo un largo rato con la cabeza hacia abajo, mientras su mente no paraba de girar. ¿Qué había pasado con su destreza con la daga? ¿Ese dominio que tenía era solo producto de su imaginación? ¿O acaso la intensidad y los peligros de esta prueba simplemente eran demasiado para él? Aunque no podía verse a sí mismo para comprobar hasta qué punto se había herido, una mirada a su oponente le bastó para saber que el enfrentamiento había tenido consecuencias para los dos.

Lo que Mikulov veía era espantoso, pero había solo una cosa que lo obsesionaba, algo evidente y terrorífico: la criatura era mucho más grande y pestilente que antes.

La herida ahora se elevaba sobre él. Despedía calor y estaba inflamada, cada una de sus partes estaba ardiendo y brillaba con furia. Los surcos de la carne desgarrada no eran nítidos, como en el corte de una hoja, sino que se veían despedazados como si los hubiesen arrancado con la mano. La criatura se retorció violentamente mientras en su interior bullían jadeos entrecortados. La sensación de que todo era un error se acentuó, y Mikulov sintió por primera vez que no podía respirar. Parecía que cada vez que tomaba aire sus pulmones se llenaban de una sustancia infecta y contagiosa. Y lo peor de todo era que las inmundas tripas de la herida ahora escupían un ácido caliente por todas partes. Mikulov se resbaló en el ácido y sintió que el fuego lo quemaba.

Mikulov expandió su mente, y en lugar de localizar su determinación se aferró al origen de su furia y descubrió que era una sensación que lo invadía. Sin embargo, después de la experiencia de escalar la montaña con Gachev había aprendido que incluso la furia era un regalo de los dioses. En lugar de abandonarse al sinsentido, decidió dominar su ira y canalizarla.

La hoja estalló en el aire con nitidez. La puntería de Mikulov era real. La enorme llama incandescente salió despedida hacia adelante, con más potencia que todo lo que Mikulov había logrado hasta entonces. El inmenso poder golpeó e hizo caer hacia atrás a los contrincantes, y se irguió desde la hoja de la daga como si fuese la furia personificada. La oleada de fuerzas se expandió hasta chocar con las paredes de la cámara y volver sobre sí, y en el trayecto golpeó con violencia a Mikulov y a la criatura desde dos lados diferentes a la vez. El muchacho que soñaba con ser monje quedó momentáneamente perdido en la

conflagración, y finalmente se encontró caído de espaldas, con los ojos abiertos por la debilidad y el estupor.

Pudo respirar entre jadeos, y agradeció estar vivo. Sin dudas eso había sido suficiente, seguramente la criatura había sido derrotada. Quiso girar la cabeza para comprobarlo pero no pudo. Impotente, Mikulov sintió el amargo sabor de la desesperanza al ver que la herida flotaba sobre su cabeza. Esa criatura repugnante ahora era más grande y fuerte que nunca. ¿Cómo era posible? ¿Acaso los dioses estaban jugando con él? Observó una vez más las entrañas humeantes y comprobó que en el lugar en el que golpeaban la roca, comenzaban a crepitar y esparcirse. Incluso la fuerza de esos excrementos ahora era más potente. Parecía que Mikulov estaba avivando un incendio en lugar de apagarlo.

Y ya no le quedaba nada. Mikulov estaba tan agotado que, cuando la criatura dejó caer su sustancia corrupta sobre él, ni esa abrasadora agonía pudo provocar suficiente energía para protegerse. Contempló su destino con total claridad: una muerte lenta en medio de la enfermedad y el sufrimiento.

—Eres un estúpido —oyó que decía una voz—. Eres orgulloso, impulsivo y débil. Mikulov sabía quién hablaba. *Gachev, ven a ver mi fin*. Solo una mínima parte de su mente aún tenía cierta fuerza para preguntarse: *¿No dijo que no avanzaría más allá de la entrada?* Supuso que se trataba tan solo de un recuerdo, que eran sus propios temores que se dejaban oír en su momento más vulnerable, y no hizo caso a esas palabras. Pero Gachev no se detuvo.

—Avergonzarás a tus hermanos, no solo a los que quedaron en el monasterio sino a todos los que enfrentaron esta prueba antes que tú. —Las palabras ardieron en su mente,

pues sabía que eran ciertas. En su orgullo, Mikulov había osado pensar que él triunfaría allí donde tantos otros habían fracasado, pero era igual a ellos.

—Cuando te concentras en tu miserable dolor, no puedes oír a los dioses. —Sí, era verdad. Mikulov no podía oírlos en su agonía, y nunca los había oído realmente. Incluso el mantra que había elegido para llevar consigo... Si hubiera pasado más tiempo buscando la orientación de los dioses habría elegido mejor. Habría basado su elección en la ofensiva, una embestida arcana que habría aniquilado a la criatura definitivamente.

—Si sigues tus impulsos en lugar de seguir a los dioses, nunca me salvarás. —Comprendió lo estúpido que había sido. ¿Cómo podía salvarlo ahora el mantra de curación? Simplemente prolongaría su agonía y lo reviviría para otro ataque que solo haría crecer aun más a la criatura...

Mikulov prestó atención a las palabras de Gachev. Sus pensamientos titubearon. *Nunca me salvarás. ¿Qué quería decir eso de salvarlo a él?*

—Si sigues tus impulsos, tú también morirás.

*Mis impulsos.* Mikulov miró hacia abajo. El pergamino de curación estaba guardado en el bolsillo de su túnica, ahora hecha pedazos. Cuando lo extrajo, vio que estaba chamuscado y manchado, casi destrozado por la conflagración y el poder sin siquiera haber sido usado.

Levantó los ojos una vez más en dirección a la abominación infernal que flotaba sobre su cabeza, la espantosa herida que desgarraba el aire de esta cámara funesta, la herida que no dejaba de crecer.

Y en ese instante, Mikulov comprendió.

Realmente *no* seguiría sus propios impulsos.

Con los dedos temblorosos y ennegrecidos, abrió el pergamino y lo leyó en voz alta.

—Jaz vay pozdravju. —Las palabras eran desconocidas y difíciles de pronunciar en su lengua—. Prelusjem váz dobrey.

Con una mano hizo los gestos que había aprendido de sus maestros, aunque por su debilidad los movimientos no eran exactos y su concentración era imperfecta.

—Vimenju te teysoč in enje bogev obnovium vasz. —Hubo una sola cosa que Mikulov logró hacer a la perfección: las palabras y los gestos estaban dirigidos con precisión a la herida que flotaba sobre su cabeza y no a sí mismo.

Recostado en el suelo, ya casi sin fuerzas, pensó que era lógico. La naturaleza misma de la herida clamaba por esto. ¿Acaso era posible eliminar una herida con golpes? No. Eso solo la hacía más grande. Solo hay una forma de eliminar una herida: *curarla*.

Sus acciones habían sido irracionales, y muy peligrosas. Al mirar atrás, Mikulov se dio cuenta de que la criatura nunca había iniciado un ataque. Simplemente había respondido a los ataques que él emprendía. Mikulov se sintió un estúpido por haberse apresurado a sacar conclusiones y por haber sentido temor ante los misteriosos y macabros intentos de la criatura. Más allá de que cuidaba la salida de la cámara, jamás había tomado la ofensiva.

Desde luego. Una herida en sí misma no puede ser agresiva. Agresiva era la persona que causaba esa herida.

Cuando pronunció las últimas palabras y el pergamino se hizo polvo entre sus dedos, Mikulov levantó la vista y vio que los bordes desgarrados de la herida se habían cosido a la perfección y que la supuración viscosa se había reducido. Comprobó que la enorme criatura ahora era mucho más pequeña, aunque aún seguía potente, amoratada y,

lo que era aun más importante, en la puerta de salida de la cámara. Al aceptar la evidencia que le ofrecían sus ojos, a Mikulov se le contrajo el corazón, pues la efectividad del mantra había llegado a su fin. Desesperado, intentó recordar las palabras indescifrables que ya casi se habían borrado de su memoria.

El mantra no era suficiente, y no tenía otros. Su grito resonó en su mente como una súplica desgarrada dirigida a los dioses: *¡Por favor, respondan a mi necesidad!*

La desesperación abrió una nueva puerta en su mente. Oyó la voz que le explicaba *Aferra tu mente a lo que necesitas* y comprendió que eran sus propias palabras, las que se repetía en los lejanos días en el campo de práctica. *Concéntrate en ese requisito.* Y ciertamente era un requisito, pues jamás saldría vivo de esa cámara si no lograba derrotar a esa aberración sobrenatural. No. No debía derrotarla, debía *curarla*. *Deja que el anhelo libere ese flujo de energía desde tu mente a cada una de las fibras de tu cuerpo y tu espíritu.*

Mikulov expulsó todos los pensamientos extraños de su conciencia y se concentró exclusivamente en la necesidad de curar esa infección. Realizó cada pequeña acción que se le ocurría, por insignificante que fuese. Elevó las manos en dirección a la criatura, movió los labios para susurrar palabras ininteligibles que de alguna manera fuesen reconfortantes y tranquilizadoras, y cuando vio que flotaba muy cerca, extendió los brazos y la abrazó mientras sentía que la energía fluía desde su cuerpo al de la criatura. Finalmente, después de varios minutos de intensa concentración que parecieron eternos, sus ojos se cerraron y sus brazos se dejaron caer en el suelo. El cansancio lo vencía.

No sentía nada, y estaba demasiado débil para moverse. Finalmente se entregó al sueño, que lo arrulló suavemente.

No supo cuánto tiempo permaneció así ni cómo logró recuperar suficientes fuerzas para abrir los ojos y levantar la cabeza, pero cuando lo logró vio que estaba solo. No había nada que flotase por encima de su cuerpo ni que lo amenazase. Esperó mucho tiempo hasta que al fin terminó por aceptar lo que su instinto le decía: la herida ya no estaba ahí. Se había curado y había desaparecido.

Apoyado en un codo pudo ver una segunda habitación, más pequeña, que no había visto antes y que era apenas más grande que la celda de un monje en el monasterio. Según parecía, al curar la herida se había abierto la entrada a esta otra cámara. En su interior, Mikulov encontró algunas provisiones: un cántaro con agua para aplacar la sed y carne salada para alimentar su cuerpo. Mikulov, que se sentía muy débil, no celebró esto especialmente sino que comió y bebió con lentitud y calma, y dedicó cada momento a contemplar todo lo que había aprendido. Examinó la cámara oculta y analizó los instrumentos que permitían mantenerla fuera de vista. Sin dudas era un poder, quizás preparado por los maestros, creado para crecer perpetuamente. Mikulov podía sentirlo con sus nacientes habilidades: la prueba de este día había abierto una puerta en su mente, y ahora podía percibir la fuerza de los dioses allí donde fluía, al menos en cierto grado. Mientras masticaba mecánicamente la carne dura y bebía el agua, observó la habitación a su alrededor y descubrió que estaba rodeado por un poder más grande que el que había sentido inicialmente. Un poder mucho más grande.

Mientras tragaba el alimento, agudizó la observación.

Mikulov comprendió instintivamente que invocar a un ser místico como la herida requería control y dominio. Su aparición debía coincidir con la llegada de los nuevos

visitantes desde el monasterio y su desaparición, si había sido curada, debía marcar la apertura de la cámara oculta para alimentar al vencedor.

O para disponer del cuerpo del vencido.

Mikulov no solo podía sentir el poder, sino que ahora también reconocía su propósito: el ocultamiento. Los maestros ocultaban algo más aquí abajo. El corazón de Mikulov comenzó a acelerarse mientras pensaba qué podía ser, pero al instante impuso calma en sus pensamientos y sus emociones. Recordó el medio que usaban los monjes del Monasterio celestial flotante para canalizar la fuerza de los dioses: un espíritu equilibrado.

Sin prisa, Mikulov respiró profundamente varias veces. Cuando se sintió en paz, se extendió para tocar ese poder y, con un gesto de la mano, le ordenó: *Vete*.

Y así descubrió la otra cámara, en la que reposaban los cadáveres de sus antiguos compañeros.

Había muchos, todos rígidos. Eran horripilantes por su putrefacción y a la vez inspiraban lástima, despojados y desamparados. Eran muy pocos los novicios que se sometían a esta prueba, de modo que los cuerpos de esta cámara (algunos eran solo esqueletos cubiertos de polvo y otros eran cadáveres deteriorados en diferentes etapas de descomposición) debían de pertenecer a todos los jóvenes rebeldes que alguna vez habían soñado con ser monjes desde épocas remotas. Sus ojos se posaron en cada uno de ellos hasta que finalmente encontró a uno que atrajo su atención, porque parecía ser más reciente que los demás y también más grande.

*Gachev siempre fue más alto que todos nosotros.*

Al observar los ojos de su antiguo atormentador, Mikulov recordó haber oído su voz en sus pensamientos. *Si sigues tus impulsos en lugar de seguir a los dioses, nunca me*

*salvarás*. En ese momento, Mikulov había sentido cierta confusión por el uso del verbo *salvar*, pero ahora lo entendía.

*En verdad*, comprendió Mikulov, *con esa advertencia Gachev me salvó* a mí.

¿Era posible que, al igual que sus cuerpos que yacían apilados en la cámara oculta, los espíritus de todos esos jóvenes estuviesen atrapados? ¿A eso se refería Gachev cuando habló de *salvarlo*? Si era eso, ya no quedarían atrapados. Una vez que las provisiones devolvieron vitalidad a su cuerpo y a su mente, Mikulov regresó a la superficie para encontrar un lugar adecuado. No se sorprendió al notar que Gachev ya no lo esperaba, pero de todas formas se sintió solo.

Nunca podría reunir la madera necesaria para una pira funeraria, no para tantos cadáveres, pero esperaba que al menos fuese suficiente para que emergiesen de la cámara oculta y sintiesen el calor de los rayos del sol una vez más antes de yacer en su morada eterna.

Necesitó mucho tiempo para llevarlos en sus brazos. Fueron muchos los viajes que debió hacer, y solo logró terminar mucho después del ocaso. Llevó a Gachev en último lugar y colocó su cuerpo sobre los otros. Descansó durante la noche, pues no tenía prisa. Finalmente llegó la mañana y, después de que el sol los acariciase por última vez, Mikulov cubrió los cuerpos con piedras y creó un enorme monumento a los muertos del monasterio. No pronunció ninguna palabra al terminar: se sintió incapaz de hacerlo. Simplemente giró y comenzó el camino de regreso con un leve gesto de adiós dedicado a los antiguos novicios, sus hermanos perdidos.

Había transcurrido un día y medio de su victoria cuando Mikulov regresó triunfal y sin prisa al Monasterio celestial flotante. El sol ya había pasado el cenit y parecía estar a punto de desplomarse en el occidente, aunque aún iluminaba los portales que lo habían visto partir. Ahí encontró a Vedenin, encorvado y marchito, que se balanceaba con incomodidad. Mikulov tuvo la impresión de que había estado de vigilia durante muchas horas, pero rápidamente el ceño fruncido del monje apareció en su cara y acentuó su dureza.

—Hace más de un día completo que la prueba terminó —dijo, y sus palabras le brindaron mucha información a Mikulov. Tal como sospechaba, la desaparición de la herida había marcado el final de la prueba y no solo desencadenó la apertura del portal oculto sino que también alertó a los maestros. Lo habían estado esperando todo este tiempo.

—Los demás hermanos estaban cansados, así que solo yo permanecí aquí —afirmó Vedenin. *Por supuesto, pensó Mikulov. ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de criticar mi desempeño durante la lección? Debe de sentir un profundo dolor por mi regreso triunfal.*

Mikulov caminó lentamente y en silencio hacia el monje.

—Tenía mucho que hacer, hermano —respondió. Aunque tenía la voz ronca después de nueve días sin usarla, sintió una enorme satisfacción por el nuevo título honorífico que había empleado. El viejo ya no era más el *Maestro* Vedenin sino un hermano, pues Mikulov se había ganado el derecho a ser un monje del Monasterio celestial flotante. Sin embargo, sabía que su educación acababa de comenzar y que los maestros solían pasar décadas instruyendo a los nuevos monjes, así que procuró ser cuidadoso y no darle a su voz un tono presuntuoso o soberbio. Por el contrario, se dirigió a Vedenin con el debido respeto.

Y con la medida justa de ira reprimida para impedir que el viejo monje respondiese.

—Encontré mucho más que comida y agua en la cámara oculta —siguió hablando Mikulov, mientras observaba que el monje abría los ojos levemente.

—¿Suficiente como para mantenerte ocupado durante una noche y un día? — preguntó el viejo, con una indignación que no parecía tan justificada como el enojo que había mostrado unos minutos antes.

Mikulov contempló fijamente los ojos del monje sin titubear. Finalmente asintió con la cabeza y dijo:

—Así fue, en verdad, porque no hay mucha madera en las montañas y yo debía enterrar a muchos de mis hermanos.

El recuerdo estaba fresco en su mente y, a juzgar por la expresión estupefacta de Vedenin, también debía notarse en su semblante.

Mikulov no podía saber con seguridad si Vedenin y los demás maestros habían creído realmente que regresaría con éxito, pero algo era seguro: no esperaban que descubriese los cadáveres ocultos.

Mikulov pasó de largo junto a Vedenin y siguió caminando. No hubo un gesto apresurado ni brusco, pero de todas formas esto sacó al viejo monje de su aturdimiento.

—Llegas tarde y tus estudios te esperan —vociferó a sus espaldas—. Irás al liceo de inmediato.

Mikulov sacudió la cabeza con cansancio y sintió súbitamente que todas sus tareas lo agobiaban a la vez.

—Aún no, Vedenin. —respondió—. Antes comeré y luego tomaré un baño.

El monje entrecerró los ojos con furia. Era visible el esfuerzo que hacía para mantener al menos una semblanza de su autoridad.

—Te dirigirás a mí como... —vaciló—. Como Hermano Vedenin.

Mikulov se permitió sonreír. *Ah, cómo le debe molestar no poder decir maestro, reflexionó. Cómo debe de odiar el hecho de que ahora seamos hermanos.* Sin embargo, lo asaltó un nuevo pensamiento y su sonrisa se desvaneció. *Soy uno de los más jóvenes que se hayan convertido en monjes.* Se sintió lleno de gratitud.

—Estudiaré, Hermano —dijo con genuina humildad y respeto—. Pero tengo el hedor de los muertos e insultaría a los dioses si me acerco a ellos tan mancillado. Primero comeré, luego me bañaré y después estudiaré.

Ya no sería atormentado. Los días de condescendencia habían terminado. Y mientras el viejo monje balbuceaba unas palabras, Mikulov se alejó y lo saludó:

—Buenas noches, Hermano.

Mientras regresaba al Monasterio celestial flotante, Mikulov había pensado mucho en la soledad que había envuelto su vida. Comprendió que su éxito en la montaña finalmente le había deparado la familia que había buscado durante tantos años. Sin embargo, no era como lo había planeado. Aunque a partir de ahora llamaría a los demás monjes "hermano" o "hermana", la verdadera familia de Mikulov estaba en otro lugar. Sus familiares más cercanos descansaban a sus espaldas, en la cumbre de la montaña. No adentro del monasterio.